



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 3.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 15 Enero 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Dámaso Delgado
Lopez. — Una corrida de toros: artículo dedicado
á los toreros de afición, por D. Rafael Blasco. —
El rey y la reina de Siam. — Caza del elefante. —
Lamartine como poeta, por el Dr. Lopez de la
Vega. — Apólogo, el mono y el buey (poesía), por
D. Manuel Breton de los Herreros. — Ensanchando
la cabeza se ha espropiado el corazon, por Don
Antonio Flores. — Cañon reвольver.

Láminas. El rey y la reina de Siam. —
Caza del elefante. — Cañon reвольver. — Geroglífico.

REVISTA DE LA SEMANA.

Ni la intensidad de los frios, con que
por último despues de tantas ca-
tástrofes se ha despedido el año
de 1864. ni el manto de traspa-
rente y cristalizado armiño de rizadas nieves con
que se ha presentado á nuestros ojos el 1865,
no han sido suficientes á templar ni por unos
momentos la efervescencia de las ideas y de las
pasiones de este viejo mundo que caduca, y
que con todo, se revuelve entre toda clase de
danzas como un bailarín de quince años. Ni el
recuerdo de las recientes y espantosas desgra-
cias del pasado, ni la mirada hácia el porvenir,

algo oscuro, como las nubes que flotan en los
aires cenicientas y tupidas que entoldan el
firmamento, y que no se sabe si se convertirán
en cenizas de gasas, ó sudarios horripilantes;
ni la agonía que asoma, ni la desesperacion
que ruge, ni el incendio que brama, ni la guer-
ra que destroza y asesina; nada, nada es bas-
tante para alterar el concierto, el movimiento,
la vida, en fin, bulliciosa, mezclada de sufri-
mientos y placeres, de lágrimas y regocijos.

El Perú principia á arder como un com-
bustible, y la larva de Santo Domingo, cuan-
do su anexión á la Península, á rebullirse
con sus cien mil patas asquerosas, siendo esto
causa de que se traiga á las córtes por el go-
bierno de S. M. el proyecto de su abandono;
y la América, Túnez, Rusia y Polonia y el
mundo todo, se alimentan y viven en la guer-
ra que es el cáncer destructor de la humani-
dad.

Ved por otra parte para formar contraste
con lo ya dicho, la ciencia representada por
Mr. Tessier, de la Academia de ciencias de
Paris, arrancando tesoros de antigüedades en
Gerga, cerca de Tripoli, probando que los an-
tiguos nómadas cultivaban la escultura venta-
josamente. Muchos y bellos bajo relieves, ha
encontrado, y uno de ellos muy interesante,
representa un arado, semejante al antiguo ro-
mano, arrastrado por un camello, lo cual prue-
ba que este animal era utilizado para los tra-
bajos agrícolas, y que es apto para el tiro.

En Florencia, presunta capital de Italia,
anuncian ya las magníficas y brillantes fiestas,
que durarán por espacio de ocho dias, con mo-
tivo de la inauguración de la estatua colosal

de Dante, el portentoso vate florentino que ha
sabido arrancar, y trasportar vivo el infierno
á la tierra, pequeño antro colocado en el
centro del infierno del mundo.

Igualmente se proyecta erigir un monu-
mento al célebre pintor Leonardo Vinci, en el
castillo de Amboise, y en el mismo sitio don-
de se han descubierto sus huesos y los frag-
mentos de su losa sepulcral.

Y no cesan los adelantos de todo género,
ni la institucion de empresas, ni la creacion de
sociedades, todo en busca de la posible per-
feccion de la vida.

En Barcelona se bota al agua la corbeta
Isabel, propiedad del rico comerciante Sr. Ca-
ñela, y á cuyo acto de bendicion asistieron
numerosos convidados, obsequiados despues
con un espléndido almuerzo.

El ayuntamiento de esta misma ciudad,
que ha celebrado con régia esplendidez los fu-
nerales de su compatriota D. Francisco Per-
manyer, ha nombrado una comision para que
trate de llevar á efecto y acuerde la manera
de conmemorar y honrar su nombre.

Nosotros tambien, Valencia, España en
fin, ha perdido el festivo y popular poeta Don
José Bernat Baldoví, cuyos funerales se cele-
braron en esta ciudad el dia 31 de Diciembre
último. Consignamos nuestro sentimiento y
nuestro verdadero aprecio por el amigo y por
el poeta, lamentando solo que no fuesen todas
sus obras, como el bellísimo libro suyo *Es-
pediente poético prosaico*.

Diversas y múltiples las fases del mundo
y de la humanidad, solo se nos presenta éste
como una mesa revuelta, donde el supremo

Artífice ha sabido con su profunda sabiduría amalgamar armonizados los diversos colores de la vida.

Las artes siguen en su apogeo, y las diversas exposiciones, donde obtienen tan brillantes triunfos distinguidos artistas, nos lo prueban suficientemente; lo mismo que el espíritu de progreso universal y el entusiasmo por lo bello que va infiltrado con la sangre de nuestra brillante juventud.

La música coral, cuya cuna es Barcelona, no deja de encontrar continuamente sus imitadores, y en Sevilla, recientemente el día 6 de este mes, se ha inaugurado la titulada de Santa Cecilia, de una manera brillantísima, y asistiendo distinguidas personas y casi todos los artistas de la reina de Andalucía.

A propósito de la música coral, el mundo filarmónico de Londres se ha decidido por ella, pero sin acompañamiento de instrumento alguno. En el palacio de cristal, en el nuevo y magnífico salón de Saint-James, en la academia real de música, y en casi todos los establecimientos del mismo género, se están dando frecuentemente conciertos vocales, compuestos de dos, tres y hasta tres mil quinientos cantores de ambos sexos. La ejecución es, generalmente, perfecta, gracias á los nuevos métodos de enseñanza de solfeo y canto, introducidos por el famoso Hulla y otros innovadores, y por cuyo medio se adquiere, en pocos meses, la facilidad de leer la música con tanta prontitud como la letra inglesa.

En París continúan con grande actividad los ensayos de *La Africana* de Meyerbeer; y Mlle. Sax estudia con grande empeño su parte para justificar la elección del gran maestro.

En Madrid, para armonizar el movimiento político, y para olvidar los frios, han empezado las brillantes recepciones, los té, los bailes y los banquetes.

Brillante fue el dado por los duques de Medinaceli el día de Reyes, y al cual, entre las distinguidas personas que asistieron se encontraban los señores duque de Valencia, conde de San Luis, marqueses de Villaseca, duques de la Fernandina, D. Gonzalo Saavedra y señora.

La duquesa elegantemente vestida como siempre, lucía un precioso vestido de raso color rosa, bordado de estrellas de concha de perla, un cinturón con broche de hermosos brillantes, y un peinado hecho de tirabuzones, que dejaban admirar su hermoso pelo negro.

El duque lucía el toison de Oro con que últimamente ha sido agraciado por S. M.

Brillante y espléndido, á pesar de la modestia con que se anunció, fue también el *té dansant* con que la bella y elegante marquesa de Javalquinto quiso en sus días obsequiar á sus amigos; y tanto ella como su distinguido esposo no cesaron ni un momento de agradar á la distinguida concurrencia que llenaba sus salones, que salieron sumamente complacidos de aquella mansion de hadas, donde se espaciaban los espíritus.

Por último, el domingo pasado dieron los marqueses de Villamejor un espléndido banquete al cual asistieron el señor duque de Valencia, el capitán general del distrito, los condes de Heredia Spínola, marqueses de Oviedo, D. Carlos Fonseca y señora, y otras personas notables.

Otras y otras muchas reuniones se anuncian en la temporada; lo que prueba evidentemente que todo está armonizado en este mundo.

Antes de concluir, diremos que S. M. la Reina madre ha mandado al Excmo. señor Gobernador de la provincia de Madrid sesenta mil reales, á fin de que sean distribuidos entre los establecimientos de beneficencia.

Por la revista y por todo lo no firmado:

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

UNA CORRIDA DE TOROS.

Artículo dedicado á los toreros de afición.

I.

Es el caso que llevado de mi carácter es-trambótico me aficioné locamente á las corridas de toros. El primero que se dirigía al circo los lunes por la tarde, ese día clásico que Madrid consagra á los cuernos, era yo, provisto del correspondiente papelito donde apuntaba las hazañas de cada fiera, las varas que recibía, los pares y medios pares (esto de medios pares tiene gracia) de rehiletes con que la adornaban los chicos, las estocadas que le enderezaban los diestros para enviarla al otro mundo y todos los demás lances de la función. Poco á poco fui comprendiendo lo que eran toros berrendos y listones, cornialtos y bien armados, de cabeza y de piernas, y últimamente daba yo lecciones á la cuadrilla, desde el tablado por supuesto, y disputaba acerca de los pases de capa y de los galleos, de las banderillas á la media vuelta y al sesgo, de los trasteos y de las estocadas á volapié, de los descabellos y los golletazos.

Después me hice amigo de un cachetero cuyo trato estimaba en mas que si fuera el de un embajador, porque el tal cachetero me refería las escenas que tenían lugar entre los individuos de la cuadrilla y que no trascendían al público; me repetía los dichos graciosos de los espadas y me ponía al corriente de sus costumbres y tendencias, cosas todas que me servían para darme aires de persona que gozaba de su intimidad entre los profanos.

Y tanto hablé de toros y de toreros, y tantas pláticas tuve con el cachetero sobre todos los diestros habidos y por haber, y tanto discurre sobre los lances de la lidia, que hubo momentos en que yo mismo dudaba si era en efecto el mayor amigo del Chiclanero y de Cúchares, y ocasiones en que me parecía al hablar de una suerte que era yo mismo quien la había ejecutado.

En tal estado de exaltación taurina me encontraba cuando tuve necesidad de pasar algunos días en un pueblo cuyo nombre no hace al caso, de bastantes pretensiones para haber construido una plaza de toros, y de escasos medios para dar corridas de importancia. Era por el verano, y precisamente llegué en la época en que se acostumbraba celebrar las corridas en la citada población, y me aposenté en la casa de mi amigo Fermin, que era uno de los cuarenta empresarios que se habían empeñado en divertir al pueblo, con lo cual queda dicho que esperaba pasar unos días á toda mi completa satisfacción.

Fermin me había explicado que se trataba de dar dos corridas de toros, que el ganado si no era excelente, no era tan malo que pudiera tirar de una carreta; que la cuadrilla estaba ajustada y debía llegar de un día á otro, y que esperaban él y sus compañeros dejar completamente complacido al público. Yo aproveché entonces mis conocimientos y le hablé con tal profundidad de suertes y cuadrillas, que llegó á convencerse de que si no sabía tanto como Montes, era el discípulo mas aprovechado de su escuela.

No tardó en presentarse en el pueblo la cuadrilla, que se componía de un gitano apodado el tío Pescuezo, sin duda porque lo tenía muy largo, y que desempeñaba las funciones de primer espada, de tres ó cuatro banderilleros y de dos picadores, ó por mejor decir de uno y medio, porque el segundo se hallaba ajustado con la condición de que no saldría á la plaza sino cuando el primero se inutilizara.

Después de la cuadrilla llegaron los toros, y escusado es decir que Fermin y yo fuimos á recibirlos en compañía de los restantes treinta

y nueve empresarios, y que todos ponían á las nubes su bravura, refiriendo de ellos sendas atrocidades, tales como la de haber muerto á un pastor, la de haber arrancado al paso las puertas de la casa consistorial de no sé qué pueblo, y la de haber embestido á la sombra de un caballo con tanto empuje como si hubiera sido el verdadero animalito.

A mí me parecieron tan malos los toros que no pude menos de reirme al verlos, y le dije á Fermin:—Para estas cabras no necesitaba yo *trapo*, me bastaría con una zapatilla. Mi amigo se sonrió y me contestó por lo bajo. —Tienes razón, pero es necesario entusiasmar á la gente para que se llene la plaza. Mira tú si yo confiaré en la bravura de los toros, que soy el contratista de caballos y solo tengo cuatro en la cuadra para las dos corridas.

Reíme de nuevo al escuchar las palabras de Fermin, y me preparé á divertirme en las futuras lidias y á darme desde la barrera toda la importancia de un maestro consumado.

Llegada que fue la víspera de la fiesta, la animación creció de punto: grupos de forasteros paseaban alegremente las calles cogidos de la mano; los aficionados enseñaban á los amigos las banderillas de lujo que ellos mismos habían construido, las muchachas preparaban los pañuelos de colores mas chillones para lucirlos en la plaza, y la cuadrilla era seguida constantemente en sus paseos por un sinnúmero de chiquillos, que señalaban con el dedo al tío Pescuezo y lo miraban con la envidia con que puede mirar un soldado á un capitán general.

De repente veo entrar en la casa á mi amigo Fermin, que llegaba pálido y desencajado, y sin decir palabra se dejó caer sobre un antiguo sillón de baqueta.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—Ha sucedido una gran desgracia, murmuró á media voz.

—¿Quién ha muerto? repliqué asustado.

—No ha muerto, pero se halla en un estado muy grave.

—¿Tu padre acaso?

—No lo quiera Dios.

—¿Tu hermano?

—Le acabo de dejar muy contento.

—Pues ¿quién se muere de tu familia?

—No es pariente mío.

—Habla, en fin, y sácame de dudas.

—¿Quién ha de ser? El Canijo.

—¿Y quién es el Canijo?

—El picador ajustado para la corrida de mañana.

Aunque nunca me alegró la desgracia agra, no pude menos de sonreír al escuchar estas palabras.

—Te ries, añadió Fermin, te ries sin recordar que sin el Canijo no puede celebrarse la función.

—Que pique su compañero.

—Se niega á ello, además que entonces nos faltaría otro para reserva.

—Grave es el apuro; pero quizá se ponga bueno para mañana el tal Canijo, esa gente tiene los huesos de bronce y la piel de plancha de hierro.

—No tengo esa esperanza. El Canijo se marchó á la taberna esta mañana y bebió hasta el punto de perder el centro de gravedad, de modo que al salir á la calle tropezó y cayó de bruces, dando un golpe contra una piedra tan certero que la cabeza se le ha abierto como un melón.

—Como una calabaza, querrás decir.

—El caso es que hay necesidad de buscar un picador á toda costa.

—Es verdad.

—Y yo, no sé como decírtelo, pero he pensado en ti.

—¿En mí? ¿para qué?

—Para que reemplaces al Canijo.

—¿Tú le has acompañado á la taberna?

—Hablo en serio. Es un favor muy grande el que te pido; es muy extraño, muy raro y muy estrambótico este favor, lo sé; pero, amigo Lopez, ya ves el apuro en que me encuentro y es preciso salir de él á toda costa. Si mañana no se celebra la corrida se pierde la oportunidad y se pierde el dinero; mis recursos son escasos y parte de ellos los tengo empleados en esta especulación, que si sale fallida me vá á causar grandes perjuicios, y tú puedes salvarme de la desgracia; tú puedes salvar no al amigo antiguo, si no quieres acordarte de él, sino al honrado padre de familia que fia en tí su subsistencia actual, quizá su porvenir y el de sus hijos.

Pronunció Fermin estas palabras con tan sentido acento; era tan sincera la espresion de dolor que se pintaba en su semblante, que no pude menos de conmoverme, y le dije con seriedad:

—Yo estoy dispuesto á demostrarte mi cariño en todas ocasiones; pero ¿crees que yo serviré para picador?

—¿Pues no has de servir? tú estás robusto y tienes unas fuerzas como un Sanson, posees grandes conocimientos en el toreo, los bichos te han parecido cabras y sobre todo ¿no has picado en la plaza de Córdoba, segun me referiste la otra noche?

—Es cierto, murmuré mordéndome los labios y recordando la fingida relacion que habia hecho á Fermin de una corrida verificada en Córdoba en la que yo habia tomado parte; es cierto; pero ya ves que salir á la plaza en reemplazo del Canijo y por una retribucion que yo no aceptaré, pero...

—Comprendo tu delicadeza y todo se arreglará poniendo en el cartel con letras muy gordas una nota en la que se advierta al público, que el picador que saldrá en reemplazo del Canijo es un aficionado que á ruegos de varios amigos tomará parte en la lidia, cediendo el sueldo á favor de los pobres.

—Pero ¿qué se dirá de mí?

—Aquí nadie te conoce.

—¿Y si me rompo una costilla?

—Los toros son bueyes de carreta.

—No me atrevo.

—Piénsalo bien, amigo mio, piénsalo bien y dame pronto la contestacion. Te recomiendo únicamente que recuerdes que está en tu mano mi desgracia ó mi bienestar.

Dejéme solo Fermin y yo me entregué á profundas meditaciones. Temia el ridículo de dar una caída delante del público, pero me halagaba la idea de tomar parte en una lidia; me disgustaba el que me brumara las espaldas un toro, pero me seducía aquella especie de iniciación en los misterios del arte, que me colocaría al nivel de mi amigo el cachetero; no me parecia prudente ponerme al alcance de unas astas, pero recordaba que los animalitos tenían el aspecto mas triste y mas prudente del mundo. Además, la idea de que libraba tan á poca costa de la desgracia á mi amigo Fermin, pesó gravemente en mi determinacion y me decidí á reemplazar al Canijo, fiando el buen éxito de mi empresa no solo en mis conocimientos teóricos y en mis puños, sino tambien en la misericordia divina, que esperaba no me abandonaria al llevar á cabo una obra de caridad.

II.

La plaza estaba llena de bote en bote, como se dice vulgarmente, la presidencia en su puesto, la cuadrilla dispuesta, y solo se esperaba que sonara la hora marcada en el reloj de la iglesia, para hacer nuestra salida triunfal y dar principio á la funcion.

Llegó el ansiado momento, se abrieron las puertas y salimos á la plaza, siendo saludados por una inmensa gritería en la que se confundian los silbidos y los aplausos. Delante

marchaba el tio Pescuezo, con el suyo muy estirado, las largas piernas cubiertas por ajustada media de seda y calzones de color verde oliva con manchas moradas, que segun claros indicios eran de vino; el cuerpo metido en una chaqueta amarilla, con manchas tambien de varias clases y condiciones, y todo él envuelto en una capa azul, que habiendo perdido el color gradualmente, parecia un muestrario de todos los azules conocidos, desde el oscuro azul turquí hasta el claro azul de cielo. Detrás del tio Pescuezo caminaban los cuatro ó seis jóvenes que componian la cuadrilla, con trajes tan raídos y agugereados, que bien podian llamarse de verano, segun las ventanillas por donde podia entrar el fresco á su placer, y cerraba la comitiva el picador que no queria picar y yo. Pero lo mas chistoso del caso fue que el Canijo era un hombre corpulento, y yo tengo una estatura y unas carnes que no pasan de medianas, y hube, sin embargo, de vestir el traje de aquel, que se me caía por todas partes, formando graciosas arrugas. Las botas me llegaban debajo de los brazos, y la chaqueta me abrigaba los riñones, lo que unido á un descomunal sombrero hongo, hacia de mi persona la mas extraña y ridícula figura que vieron los nacidos.

Saludamos al presidente, y mientras mi compañero huía á refugiarse en el corral á galope tendido, empuñé el lanzon y traté de colocarme en mi sitio á esperar la salida de la fiera. Pero el señor presidente se hallaba fumando descansadamente un cigarro y no quiso hasta terminar su tarea hacer la señal para que diera principio á la funcion.

En esto sonó una silba estrepitosa, horrible. Volví en busca de mis camaradas y los contemplé en apiñado círculo, hincada una rodilla en tierra y persignándose devotamente. Costumbre tan piadosa no la habia observado jamás en plaza alguna, así es que comencé á recelar si me las habia con una cuadrilla de toreros ó con una cofradía de disciplinantes.

Levantáronse despues el tio Pescuezo y sus amigos, y contra lo acostumbrado en los casos en que el toro no se halla en la plaza de acercarse los lidiadores á las tablas á departir con la gente sentada en los asientos de barrera, noté que todos se paseaban con cierta agitacion, sin acordarse para nada del público y murmurando entre dientes frases que yo tomaba por oraciones.

Acercóse á mí el tio Pescuezo en una de sus evoluciones y escuché distintamente que decia:—¡Dios mio! Este presidente se duerme; ¡si él supiera cuánto padecen los que están en el circo! ¡Aquí se juega uno la vida y conviene salir lo antes posible del apuro!

Parecióme el primer espada un torero filósofo, especie que yo no conocia; pero no hallaba justificados sus temores, por cuanto ya he dicho que los toros me parecian los bichos mas tranquilos y mas inocentes de la tierra.

Se abrió al fin la puerta del toril y salió el primer toro, suspendió el público por un momento su gritería y los lidiadores nos pusimos en movimiento. Hasta entonces yo no habia tenido miedo; pero al ver acercarse la fiera un sudor frio corrió por mi cuerpo y me entró un temblor de muerte, que afortunadamente no dejaba traslucir el holgado traje del Canijo.

Aquel animal me habia parecido dias antes una cabra y desde el tendido me hubiera ratificado en mi opinion; pero á la distancia de sus cuernos hubiera jurado que tenia la alzada de un elefante.

Afirmé bien el lanzon y me dispuse á ponerle una vara en regla, si es que me lo permitian los temblores, pero el toro me tuvo lástima y me dejó en paz dirigiéndose pausadamente hácia donde se hallaba la gente de á pie. Allí fue Troya; la cuadrilla con el tio Pescuezo á la cabeza huyó desordenadamente, de-

jando sembrado el circo de capas y de zapa-tillas; se alzó una gritería horrenda y el desorden y la confusion fueron generales.

Yo quise volver por la honra de todos, y cuando el animal llegó á la distancia conveniente traté de fijar su atencion, subiendo y bajando á compás el brazo derecho, armado con la pica, y moviendo convulsivamente el izquierdo haciendo bailar las riendas. El toro bajó la cabeza y arremetió con ímpetu. No sé lo que me pasó entonces, creí que la tierra desaparecia y que volaba por los aires y sacando fuerzas de flaqueza, cerré los ojos y me dispuse á hacer sentir la pujanza de mis brios á mi intencionado adversario. El caballo dió un brinco y yo clavé la lanza con fuerza, esperando que cederia el toro; pero encontré una desesperada resistencia, al mismo tiempo que una nueva silba resonaba en mis oídos. Abrí los ojos y contemplé con asombro que le habia puesto una vara á la barrera en tanto que el toro me miraba con extrañeza, como diciéndo «¿qué hace este hombre?» Corrido y avergonzado me puse á dar vueltas por el redondel, mientras de todas partes me gritaban como en el juego de la gallina ciega: «¡Que te quemas! ¡que te quemas! ¡Tocino!» y algun mal intencionado saludaba mis oídos con piedras como el puño, que por casualidad no me acertaron.

Volví á la carga en diferentes ocasiones y logré poner tres varas al animalito, todas ellas en los últimos confines del espinazo.

Mandó el presidente que se pusieran banderillas, y los chicos le colgaron dos pares y medio muy cerca del sitio donde yo habia clavado la lanza.

Llegó el momento fatal de la muerte, y el tio Pescuezo, despues de pronunciar un patético brindis, se dirigió al pobre toro y comenzó á darle estocadas á traicion y con alevosia. El animal estaba harto de disgustos y de años, así es que á las primeras acometidas del maestro se dejó caer en tierra con la mayor mansedumbre, y allí le acometió toda la cuadrilla navaja en mano, dando fin á sus dias.

Hasta entonces todo andaba á pedir de boca, pero dispuso la negra fortuna que el segundo toro fuera animal de algunos brios, y de malas intenciones, y con aquello no contaba yo, ni creo que contaban mis compañeros. Apenas se encontró en el redondel se dirigió á mí en derecha y al verme en tal aprieto tiré la pica y comencé á huir á todo el galope de que es capaz un caballo matalon; alcanzóme el toro, es decir, alcanzó al rocín, y le hundié las astas en el cuerpo, visto lo cual, sin averiguar si la herida era ó no de muerte, eché pié á tierra y me encaminé á un corral, donde se hallaban los tres caballos todavia dispuestos para atender á las necesidades de la lidia. Pero el toro se conoce que me tenia cariño, de modo que así que me retiré de la plaza hizo otro tanto, abriendo la endeble puerta que yo acababa de cerrar, y apenas llegado al corral recibí su inoportuna visita. Por dicha existia en aquel punto un gran monton de paja, y con una ligereza que no era de esperar de mi terror, me encaramé á lo mas alto de tan blando refugio, mientras el toro se entretenia en destripar los tres rocines, que cabizbajos meditaban quizá, contemplando el vacío pesebre, sobre las penalidades de la vida.

Cuando el toro terminó su operacion se dirigió al monton de paja, redoblando mi miedo, pero con estóica serenidad, comenzó á regalar su estómago con el succulento manjar, y hubiera sin duda continuado comiendo en tanto que quedara paja, si la cuadrilla no se hubiera atrevido á penetrar en el corral en busca suya. Vió el animal al tio Pescuezo y salió en su persecucion; pero al llegar cerca del redondel y junto al tendido, que estaba muy bajo, se le ocurrió subir por una estrecha escalerilla del público servicio, y fue tal la confusion de los espectadores al ver al toro empeñado en pasear por las alturas, que levantándose de

súbito y atropellándose unos á otros buscaron la salida mas próxima, en medio de gritos y palos, desmayos y puntapiés.

Logróse al fin que el toro entrase en el circo, y el público pidió caballos, pero estaban muertos ó mal heridos los cuatro prevenidos

para las dos corridas, cosa de que yo me alegré infinito; pidió banderillas y los chicos dijeron que no se atrevían á acercarse á semejante fiera, pidió la muerte del animal, y el tío Pescuezo contestó que antes iría á la cárcel que empuñar el estoque. La gente gritaba

y tiraba á la plaza palos y comestibles, la cuadrilla se refugió en el corral donde antes me habian ocurrido tantos trabajos, y el toro entre tanto se paseaba por el redondel. ¿Qué hacer en tal apuro. El presidente encontró un medio, y fue el de mandar á un guardia civil que fusila-



REY Y REINA DE SIAM.

ra al animalito, como en el acto se verificó. Aprovechando la confusion que reinaba, salí del circo y me encaminé á la casa del Canijo, al que devolví su traje de picador, y restituido á mi prístino estado, sin esperar el final de la corrida y sin despedirme de mi ami-

go Fermin, dejé el pueblo, avergonzado y confuso, prometiendo no volver á blasonar de conocimientos que no poseyera, ni á mezclarme en asuntos que no fueran de mi competencia, aunque se empeñara el preste Juan de las Indias.

Han pasado algunos años, y publico este artículo por si algun aficionado al toreo es capaz de escarmentar en cabeza ajena.

RAFAEL BLASCO.

EL REY Y LA REINA DE SIAM.

El grabado que hoy acompañamos de los reyes de Siam está tomado de una fotografía

enviada por dichos reyes en el año de 1861 á S. M. el emperador de los franceses. El rey Somdetch-Phra-Paramendir-Maha-Monghut, lleva en su traje algunas prendas de construc-

ción europea como son, calzones chaleco y corbata blanca prendida con un rico diamante, además un birrete en la cabeza, y en su mano derecha un baston de puño de marfil, y un

CAZA DEL ELEFANTE.



grande pañuelo, y calzado, por último, con riquísimas sandalias. Su esposa por el contrario lleva en todas sus partes el traje siamés, que es rico y espléndido.

Estos reyes al enviar sus imágenes al em-

perador Napoleon tuvieron la galanteria de hacerse retratar al lado de una mesa donde lucen todos los objetos que el emperador les regalará dos años antes.

CAZA DEL ELEFANTE.

El intrépido cazador inglés Mr. Gordon refiere de este modo la manera de cazar estos gigantes huéspedes de los bosques de la India.

«Para cazar los elefantes acostumbro montar un buen caballo, llevando otros de repuesto, y una abundante coleccion de armas de fuego. Al rayar el día busco en las fuentes ó rios donde van á beber de noche aquellos animales, las huellas impresas en la arena, y siguiendo el rastro, llego á encontrarlos comunmente en los bosquecillos de acacias que tanto abundan en el pais. Apenas descubre el cazador el rebaño de los elefantes, emprende una fuga desordenada, destrozando cuanto encuentra por delante y atronando la selva con sus estentóreos bramidos. En este momento debe elegir el cazador al elefante que tenga mejores colmillos, puesto que la adquisicion del marfil es el objeto de la cacería, y seguirlo tenázmente, lanzando á escape el caballo, y procurando apartarlo del resto de la tropa. Cuando el elefante comienza á cansarse, se detiene, hace frente y suele atacar al cazador con rabia terrible. En aquel instante me detengo tambien y disparo contra el animal, para que éste, á quien asusta la detonacion, vuelva grupas y continúe la fuga. El peligro que se corre es grande, pero con serenidad y disparando á tiempo, puede vencerse.

Estas carreras y encuentros se repiten muchas veces, hasta que por fin rendido de fatiga el elefante y acribillado de balas cae postrado á los pies de su astuto perseguidor.

El éxito de la caza depende en gran manera de la naturaleza del terreno; pues si, como es frecuente, el elefante huye entre matorrales espinosos, los caballos no pueden seguirlo y se encuentran presos entre las zarzas á merced del poderoso animal. Si la carrera se efectúa en los arenales, el elefante hunde sus patas en el suelo, y es mas fácilmente alcanzado.

Pocas veces he podido cazar un elefante de los de gran tamaño sin disparar contra él veinte ó treinta balas, por lo cual es necesario ir provisto de escopetas y rifles de la mejor calidad. Ha habido elefante que no ha muerto hasta tener cincuenta y siete balas en el cuerpo: comencé su persecucion antes de medio día con un sol abrasador, y no cayó á mis piés hasta despues del ocaso, cuando habian reventado ya dos de mis mejores caballos.»

LAMARTINE COMO POETA.

Es indudable que no tiene hoy el mundo, y no se crea que exagero, un poeta mas digno de ser estudiado, que Alfonso de Lamartine. En la última etapa de su gloriosa existencia, le vemos hoy como en los primeros años de su juventud, siempre grandilocuente, siempre originalísimo, siempre consolador y humanitario. Ningun cultivador de la *gaya ciencia* puede olvidar aquella dulcísima primera página de *Jocelyn*, dedicada á *María Anna Eliza*, que dice:

*«Doux nom de mon bonheur, si je pouvais écrire
Un chiffre ineffaçable au socle de ma lyre,*

Je ne l'écrirais que pour toi.»

Estos tiernísimos versos, *deux fois glorieux*, como con razon dice Lebailly, son como los versos del famoso Rioja, nuestro mejor poeta clásico nacional, que se graban en la memoria con caracteres indelebles. Recorremos todos los libros del sublime poeta, y vemos en cada página una leccion provechosa, un suspiro de piedad y de amor por los hombres, con un sentimentalismo, que en la época de Augusto quizás hubiera sido la base de una literatura agena á las contemporizaciones con que se afanaban los poetas de entonces, en lucha con su propia inspiracion, para mantener el *statu quo* que la *Paz Octaviana* habia levantado sobre las sangrientas huellas de los estravíos de Casio y Bruto, almas dignas de haber abrazado una causa mas conforme con sus generosas aspiraciones.

Lamartine no olvida nada, ni á nadie, cuando se despidе de un pueblo, como lo vemos en sus *Meditaciones*, al partir para Oriente, ¡con cuánta nostalgia no dice al ir á zarpar de Marsella, en el *Alcestes*:

*«Adieu, ma maison blanche, à l'ombre du noyer;
Adieu, mes beaux coursiers, disif dans les prairies
Adieu, mon chien fidele, ¡helas! ¡seul au foyer!»*

El inspiró á las almas delicadas de nuestros tiempos la mas decidida adhesión á las *lecturas familiares* con libros como la *Gracielita*, el *Picapedrero de Saint Point*, y otros tan llenos de máximas y consolaciones, como nolo pudiera hacer la muger mas sensible, elevada al rango de escritora de primer orden.

Cada hoja de los árboles, cada flor de los valles, cada arena de las playas, cada murmullo de las ondas, las nubes que se arremolinan en espirales á la bóveda celeste, tienen para Lamartine un encanto indefinible y parece como que les dá un lenguaje sobrehumano, entrañándonos en sus misterios.

Se llora con él con esperanza, se padece con resignacion, y se espera con entusiasmo.

Casado la primera vez con una muger angélica y adorable, su alma se dilató por los infinitos espacios del idealismo y libó en sus caricias el néctar de sus mas brillantes composiciones. La muerte de su hija Julia, en Oriente, le arrancó elegías elocuentes de pasion y sentimiento como las de Ovidio, y cuya belleza solo ha podido imitar nuestro gran poeta Ruiz Aguilera, con un sentimiento y delicadeza que hacen brotar lágrimas de los corazones mas duros; siguiendo sus huellas, muy ventajosamente, la tiernísima cantora de Galicia, Doña Rosalia Castro de Murguía, en los cantos que ha dedicado á la muerte de su madre.

Lamartine, es sin duda alguna, como poeta, la espresion mas elevada y perfecta de las tendencias del espiritualismo religioso de nuestros dias; la lira mas suave, mas tranquila y sonora de nuestros tiempos de transicion y de lucha. Es el complemento de las aspiraciones de Chateaubriand, el mas puro continuador del sublime Bossuet, con su frase galana, creyente y heroicamente fraternal.

Cuando Bernardin de Saint Pierre escribió su inmortal libro, *Pablo y Virginia*, la mitad de la Francia se hizo poética, lacrimosa y compasiva en alto grado. Este libro hizo un efecto extraordinario, depuró muchas almas encallecidas por el vicio y arrancó un mar de lágrimas de miles de corazones. Aquel autor afortunado fué el Mesías de un pueblo que se habia aficionado con harta ligereza al naciente racionalismo de la enciclopedia, y se abalanzó como en tropel á las librerías donde se vendia el libro mas tierno del romanticismo, como el *Trovador* es el drama mas dulce, correcto y caballeresco de la moderna literatura. Hoy tambien hemos tenido un libro no menos importante que *Pablo y Virginia*: hablo del *Picapedrero de Saint Point*: con un encanto irresistible se presenta este poema del desinterés, del corazon enamorado y del dolor sin limites, á conquistar las almas y á elevar los espíritus á regiones de consoladora dicha. Este libro, que he leído en Vigo hace cinco años, agobiado de una cruel enfermedad, despertó en mí el deseo de escribir las *Armonías sociales* que un dia no lejano, si lo permite el cielo, daré á luz. Allí contemplando el sol cuando se ocultaba por detrás de las pintorescas islas Cíes, he llorado como un niño y he bendecido á la Providencia, porque aun en medio de nuestros mas amargos pesares y dolores cruentos, nos permite saborear las páginas sublimes de esos gé-nios sobresalientes que comprenden cuanto se encierra en los corazones y saben conquistar para la abnegacion á los seres mas infortunados.

Poco despues tuve ocasion de ocuparme de la literatura moderna, en una polémica con

un jóven de no escaso ingenio y feliz memoria, terco defensor del escepticismo alemán y muy idólatra de Lord Byron. Lo que yo dije de Lamartine en aquella época, lo sostengo hoy y lo sostendré siempre: que es el primer poeta del siglo XIX, de vasta instruccion, de gigantesca memoria, de facilidad inquebrantable y de una dulzura bíblica. No tiene una línea sospechosa para su fé y su entusiasmo por lo bello y lo justo. Sus estudios biográficos superan á los de Plutarco: es mas conciso y elegante que el mismo Tácito, como historiador: persuasivo mejor que Patérculo y comenta con mas ingenio y filosofía que el mismo Ciceron. Tres gigantes tiene el siglo XIX en la república de las letras. César Cantú, como historiador, Lamartine, como poeta, y Malte-Brun, como geógrafo. ¡Qué genios! ¡qué inteligencias! ¡qué almas bellas y sacratísimas!

Al ocuparse del infortunio de los hombres como en su *Historia de los Girondinos*, ¡qué justo, qué oportuno y qué consolador le vemos! Si es cierto que de la suerte en el revés brilla la virtud, como dice Schakspearé:

*In struggling with mis fortunes.
Lies the proof of virtue,*

¿Quién como Lamartine ensalza la virtud del sufrimiento de los justos, de los sábios, de los grandes pensadores? Contemplando las miserias de esta vida tan llena de tribulaciones ¿quién como él nos encarece la resignacion, pintándonos el mas allá de los que saben sufrir sin blasfemar? Algunas almas venden el amor, venden la gloria, pero ¿quién paga el cielo que valen los versos de Lamartine? ¿Qué es toda la Francia, hablo de su oro, para compararse con las meditaciones de su primer poeta? Dieran muchos reyes su corona, por la fama póstuma de Lamartine.

Vémosle en sus confesiones jóven y apasionado por las grandes virtudes; y en sus pasos sucesivos elevado á la realidad de muchos de sus sueños. Orador insigne, arrebatado y enaenagado: poeta, enseña, consuela y edifica. Escribе cuanto quiere y juzga á todos y todo con un acierto que no tiene rival. Las catedrales, los liceos, las academias, el mundo entero le conocen y le saludan con un amor entrañable. Sus libros se reciben como el rocío del cielo. Ese es el Rafael de la poesia, el Fidiel del sentimiento y la vara de Moisés de la resignacion. Sepamos nosotros tambien apreciarle.

Se celebran los rasgos volcánicos de Victor Hugo: se recrea la mente con sus fantasías osiánicas; pero se busca en el fondo de tanta belleza la fruicion de Lamartine, y no es posible encontrarla. Y es porque Hugo pertenece á una escuela casi racionalista, y de esa turquesa salen modelados sus cantos, y asocia á ellos su pasion política y se convierte en un apóstol de la democracia, y pierde á través de tantas evoluciones, el primitivo candor de sus elucubraciones, que muy bien pudieran ser lamartinescas, si no se entregara tan ardorosamente en brazos de su ideal político.

Deducimos, pues, de todo lo espuesto, que Lamartine es, como poeta, un arroyo de perlas bíblicas, que se desliza por las llanuras de la belleza, arrastrando consigo las plantas de infortunio, para que la mano de Dios las trasplante en el valle de la inmortalidad. Viene luego un coro de ángeles, riega con néctares divinos esas flores misteriosas, víctimas un dia del aquilon de la desgracia, y crecen lozanas y aromosas como las rosas de Jericó, y son el encanto de los cielos y sirven para coronar la frente de los justos. No inferior á él Hugo en facundia, se remonta á las esferas de lo imposible, para pedirle paz al destino. Por eso sus versos son rugientes como las ondas irridadas; por eso esmalta en ellos el retrato de las decepciones: pero consigue con su volcánica impaciencia sosegar los ánimos y elevar los espíritus á lo eterno é infinito?

Concluye por confesar que la vida conclu-

ye con la realidad de una muerte, que si fuera menos temida seria mas agradable. Brillante es su imaginacion cuando dice:

Como el torrente al mar sus aguas lleva,
La muerte arrastra cunas y festines,
Los besos del placer que al alma ciega,
Las cántigas, las risas, los amores,
Al hondo seno de la tumba eterna.

Es indudable que Hugo es un gran poeta descriptivo. Podríamos compararlo á Lucrecio, si nos fuera permitido comparar con Virgilio á Lamartine: y sin que esto sea lisonja, Hugo es comparable al autor de *Rerum nature* en lo exacto de sus descripciones y en lo numeroso de sus detalles, así como Lamartine, flexible como el cantor de Mántua, se ciñe fácilmente á todas las gradaciones del sentimiento, hallando siempre frases de consuelo y de caridad. Creemos, sí, que para pugnar por el bien en general, tanto Hugo como Lamartine, son antes cristianos que políticos, y su musa lo mismo pugnará por Polonia que por Hungría, por el ciego que por el mendigo, acordándose siempre que Dios nos ha enseñado á tener piedad de los que sufren.

Va en genios tambien el distinto modo de pensar sobre los hombres y las cosas. No hemos de combatir precisamente ciertas doctrinas porque no estén conformes con nuestras apreciaciones. Pero como es preciso proclamar una doctrina fija para la felicidad humana, en cuanto toca á la paz universal, de aquí que sea mayor el número de los que esperan mas del espiritualismo y de la fe, que de toda combinacion política, por mas que rinda culto á las armonías del progreso, en terna con el ideal de la democracia militante.

Nosotros queremos antes de la riqueza y esplendor de la vida, la pureza del alma y la proclamacion unánime de que hay un Dios, premio para la virtud y castigo para el vicio.

Por eso, sin menoscabar el mérito relativo de Victor Hugo, nos abrigamos con los cantos de Lamartine, proclamándole el poeta mas creyente, mas inspirado y dulcísimo del siglo XIX.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

APÓLOGO.

El mono y el buey.

Asomado al mirador
De la caprichosa Inés,
Un mono, que es su delicia
Así interpelaba á un buey:

Torpe y rústico animal,
Cuya innata pesadéz
Es proverbial, solo en ella
El timbre está y tu poder.

Y con ser tanta, es aun
Mas grande la estupidez
Con que tu cerviz robusta
Al yugo humillada ves.

Ora chillona carreta
Arrastras, ¡donoso tren!
Y con ella ricas viandas
Que tú no habrás de comer;

O bien de negro carbon
Cien arrobas y otras cien;
Del carbon á cuya lumbre
No calentarás la piel.

O por un gañan guiado,
Tosco y pesado tambien,
Surcas árido barbecho
Nueve horas al día ó diez.

Y el premio de servidumbre
Tan irritante ¿cuál es?
Dormir en establo inundo,
Y al raso mas de una vez;

Y tres meses mantenerte
Con grama ó con alcacer,
Y con heno seco y duro
Los nueve restantes: ¡Bien!—

Cierto, más holgado vives,
Aunque no mucho, á mi ver,
Pues á cadena perpétua
Condenado estás.—¿Y qué?

No por castigo la llevo,
No por sentencia de un juez,
Sino porque valgo mucho
Y no me quieren perder,

¿Qué me importa una cadena
De cinco varas ó seis,
Si con ella libremente
Los brazos nuevo y los piés?

Mira cómo me columpio,
Salto y brinco á mi placer,
Y abanico á mi señora,
Y casco y mondo una nuez.

Y hago el marcial egercicio
Mejor que un zuavo de Argel,
Y echaré un día si quiero
Una mano de ajedrez.

Y cual otro paganini
Toco violin ó rabel,
Gracia que con otras muchas
Me enseñó un piamontés.

Y con servilleta al hombro
¡Hubiérame visto ayer
Servir á ocho convidados
El café y el pluscafé!

Y vestido de botarga
Con pandera y cascabel,
Soy capaz de hacer reir
A un embajador inglés.

Y ya me han visto en las calles
De Madrid y de Aranjuez
Darme tono y hacer muecas
Sobre un brioso corcel.—

En suma, eres un bufon
Ridículo ya lo sé,
Y solo con eso tienes
Todo lo que has menester.—

Rian de mí en hora buena,
Mientras á pasto me den,
Entre caricias sin fin,
Ave, conserva y pastel.

Mas no por payaso insipado
Alcanzo yo tanta prez,
Sino por mi noble raza.—
¿Noble tu raza? ¿Por qué?

Pues ¿no ves cuan parecido
Al privilegiado sér
Que llaman hombre soy yo?—
¡Jesus, María y José! —

Si, señor; y aunque otra cosa
Digan Buffon y Cuvier,
Hay muchos naturalistas
De mi opinion: ¿está usted?

O de hombres vienen los monos,
Que perdieron por cualquier
Accidente el don de hablar
Y la blanca y suave tez;

O tanto irán progresando,
Que al fin llegarán á ser
Tan hombres como Escipion
Y César y Hernán-Cortes.—

Desde antes que del diluvio
Se preservase Noé,
Siempre el mono fue una bestia
Fea, lasciva y soez.

Y eso, y no mas, eres tú,
A pesar de tu oropel,
Y eso tus hijos serán
Y los que nazcan despues.

Tus mimos y tus regalos
Yo no codicio, no, á fe,
Hijos de antojo pueril
O de mezquino interés.

Sóbrio por temperamento,
Grave, sesudo, y tal vez
Filósofo á la manera
Que Pitágoras lo fue.

Con yerbas engordo yo
Mas que tú con el bistec,
Y de juglar despreciable
No te envidio el ruin papel.

No á falsas genealogías
Como tú recurriré
Para probar la nobleza
De que se ufana mi grey;

Ora indómita y altiva
Lidie en ancho redondel
Con afamados maestros
De Sevilla ó de Jeréz;

Ora despues que tirano
La castra, contra la ley
De naturaleza, el hombre
Con hierro alevé y cruel.

Mi buen nombre en el zodiaco
Leerás si sabes leer,
Y á dos ciudades de España
Le he dado Toro y Teruel.

Y en forma de toro Jove,
Con ser de los dioses rey,
De la bella ninfa Europa
Fue raptor y palafren.

Mas ya que á tales blasones
Crédito entero no des,
Otro auténtico y mas grande
Puedo alegar, ¡voto á quién!

Cuando al Redentor del mundo
(¡Mal se lo pagó Israel!)
Dió á luz la Virgen María
En el portal de Belén.

No el alto honor inefable
Cupo de verle nacer
A un asqueroso macaco,
Sino á un corpulento buey.

Por útil y laborioso
Obtuvo aquella merced,
Que Dios no quiso otorgar
A brutos de tu jaez.—

A tal filípica el mono
No supo qué responder,
Volvió la grupa y saltó
Del balcon al canapé.

Y el cornudo catedrático
¿Hablabas solo con él?
¡Ay no; que la moraleja,
Recibanla mal ó bien,
Por carambola reprende
Al enfadoso tropel
De monigotes con fraque
Y monuelas con corsé.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

ENSANCHANDO LA CABEZA

SE HA EXPROPIADO AL CORAZON (1).

Donde se prueba que los antiguos, que hablaban con el corazón en la mano, habrían hecho mucho mejor metiéndosele en el bolsillo.

Supongo, lectora, que aunque no tengas el pecho tan atestado de afectos como le tenía tu madre, ni guardes como tu abuela, en lo mas recóndito del alma, la fe religiosa, la fe del amor, la fe de la amistad, y unas cuantas creencias y no pocas esperanzas, todavía ha de ser tu corazón un manojito de amores que se habrán estremecido al leer el título de este cuadro. Y estoy seguro de que si no te habías adelantado á empañar tus mejillas con el aliento de la perfumería, se te habrán teñido de rubor al ver lo que me propongo probar.

De todos modos te aconsejo que te tranquilices, porque es muy posible que al examinar esta sociedad, que para tí está por venir, salgan algunos cuadros mas fuertes que el que ahora pongo á tu vista. Al cabo y al fin en éste aun se trata del corazón, puesto que se ha de probar que está mejor en la faldriquera que en la mano, y mas adelante es posible que no le hallemos en ninguna parte. Lo peor que ahora puede su-

(1) Tomamos este bello artículo de la excelente obra que con el título *Ayer, hoy y mañana* acaba de publicar D. Antonio Flores.

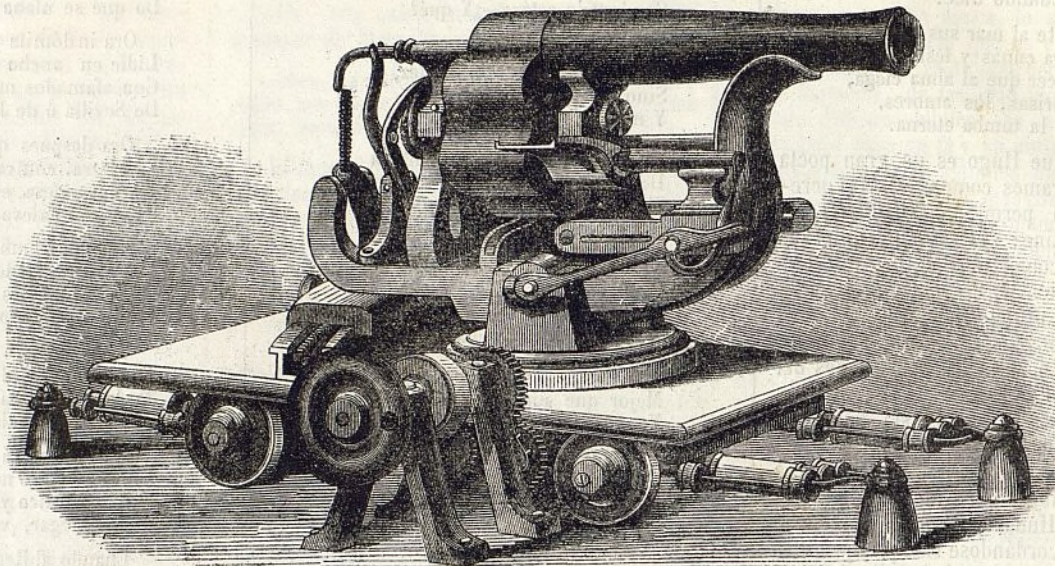
ceder es que, llevando el corazón en el bolsillo y á fuerza de rozarle con los cuartos, con las pesetas y con los escudos, se haya convertido en cobre, en plata ó en oro. En cuyo caso tendremos un corazón metalizado, cosa que no puede ser una novedad de gran bulto para la presente generación.

En cuanto á mí, que en micualidad de espíritu, vengo asistiendo desde hace catorce siglos á las representaciones teatrales de otras tantas generaciones; para mí, que he visto toda clase de dramas sociales, desde las tragedias bárbaras de los incrédulos y los despreocupados, hasta el sainete ridículo de los fanáticos y los hipócritas, no tiene novedad alguna lo que ahora sucede. Además de que en el fondo siempre ha sido lo mismo, ni siquiera la forma puede asustarme habiéndola visto venir con tanta anticipación. El oro no ha necesitado que llegara el siglo XIX para verse elevado á la suprema categoría de Dios de los mortales. Poco mas ó menos que vosotros le adoraban los antiguos, sino que para darle culto se ocultaban hasta de sí propios. Verdad es que hablaban con el corazón en la mano; pero casi siempre tenían la mano en el bolsillo.

¡Cuántas veces, nosotros los espíritus invisibles, que vemos todo lo impalpable, nos hemos reído viendo el afán con que los mortales pretendían ocultar la pasión del oro, que les salía por todas las partes y coyunturas de su individuo, con otra pasioncilla ridícula que apenas les llenaba la cuarta parte del ojo! ¿Pues qué si no hubieran tenido el corazón en el bolsillo, no habrían realizado el sueño de la igualdad social, que parecía tenerles despiertos y agitados á todas horas? ¿No se les acercó el dios Cupido á darles, con un manojo de flechas, resuelto el gran problema de la nivelación de las fortunas y la igualdad de todas las clases sociales? ¿Y qué caso hicieron de los medios que ofrecía el amor para realizar y llevar á cabo su gran teoría socialista? Ninguno, lector de mi vida, ninguno.

El fogoso tribuno, que hablaba con el corazón en la mano, mientras predicaba la igualdad y la fraternidad, pidiendo la nivelación de las fortunas y la desaparición de las clases y de los privilegios, metía su corazón en el bolsillo de un capitalista, ó en el palacio de un aristócrata, y fingiendo una pequeña pasioncilla hacia los ojos negros ó azules de la heredera del capital ó del blason, encubría la gran pasión del oro que le devoraba.

Las madres de familia, que repasaban el Catecismo, firmemente resueltas á no dar á sus hijas estado contra su voluntad, hacían mil esfuerzos para que la voluntad de las niñas no se apartase un ápice de la suya propia, y cuando les decían que les aconsejaban con el corazón en la mano, tenían ésta casi dentro del bolsillo del novio, que, metálica-



CAÑON REWOLVER.

mente hablando, convenia mejor á su hija.

De este modo, lectora, para mí, que creo haber visto lo que entonces no veía nadie, me maravilla poco que hoy, eso y algo mas, esté á la vista de todos. Ha ya muchos años que para el ensanche de la cabeza fue preciso tomar terreno del corazón, y no es extraño que éste se halle espropiado de todos sus afectos y de todas sus pasiones, mientras la cabeza, que es la única oficina del hombre desde que la humanidad se dedicó con fe á las matemáticas, se ha ensanchado hasta salir fuera de los hombros.

Por supuesto, y esto debo decirlo en honor de esta sociedad y dando á cada cual lo suyo, aun no se ha prescindido del corazón hasta el punto de ignorar en qué parte del cuerpo estaba; ni cuando se jura se lleva la mano á la cabeza, sino que se pone sobre el pecho y hasta se dice:

—Aseguro de todo corazón.... y no de toda cabeza.

En fin, lectora, para que tú misma juzgues y pienses lo que quieras de lo que ha venido á ser el corazón, desde que se ha proclamado el imperio de la cabeza, allá te va este cuadro de amor y otros de no menos amorosos pasajes, que verás en las páginas de este libro, trasunto fiel de la sociedad de mañana.

El amor es la primera pasión que se les ha subido á la cabeza, y por eso, sin enamorarte, te voy á hablar de amor en el presente cuadro.

El aspirante á la diputación á cortes por el distrito de Venus, que así quería el fabricante de agua de Colonia que se llamara su barrio, era mas enamorado que Cupido, y no le preocupaba menos el obtener los favores de las damas que los sufragios de los electores; pero bueno será advertir, que si de estos últimos todos se le antojaban pocos, los otros le parecieron muchos, á escepcion del de una joven cuyo corazón se propuso conquistar desde que llegó á la corte. Y á ella había venido por primera vez de su vida, desde un pequeño lugar de Extremadura, como había sospechado el fabricante de agua de Colonia.

Su padre, rico hacendado del país, le había educado en el santo temor de Dios, le había infundido el no menos santo amor de la familia, y al lado de un primo suyo, dignidad de la metropolitana de Sevilla, le había hecho cursar las leyes en aquella ciudad. Y si

el padre no hubiera fallecido, el estudiante habría permanecido en el lugar, olvidando las leyes aprendidas, perdiendo al juego las cabezas de ganado vinculadas, acosando las reses mayores en el monte y formando otra nueva familia, que vejetara entre las encinas, hasta que á la civilización le ocurriera dar una batida en aquel rincón de España.

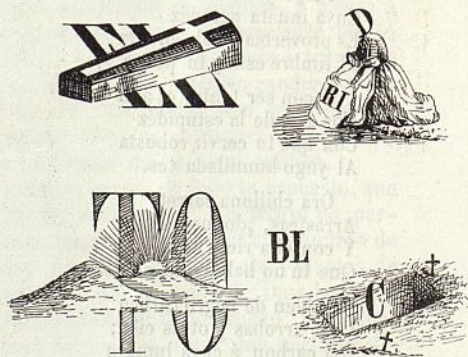
(Se continuará)

ANTONIO FLORES.

CAÑON REWOLVER.

La boca de este extraño cañon se encuentra en frente de una plataforma vertical movable al rededor de un eje horizontal y calado de agujeros. En cada uno de estos agujeros viene á colocarse un cartucho que contiene balas y pólvora, de suerte que no hay otra cosa que hacer, que volver á girar la plataforma sobre otro agujero, despues de arrojado el tiro, y poner fuego en la carga. Los cartuchos están colocados á mano en un receptáculo que se vé distintamente debajo de la plataforma. A cada tiro, uno de los cartuchos es agarrado por un atacador mecánico que lo coloca en uno de los agujeros de la plataforma movable. Al mismo tiempo un escobon, igualmente movido por el mecanismo, limpia el agujero que acaba de servir. El fuego está colocado en el centro de una pila eléctrica y se apunta como un cañon ordinario.

GEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Ries, plaza de San Jorge, 3.